

El diálogo, François Cheng

(Pre-textos, Valencia, 2013)

El destino quiso que, a partir de cierto momento de mi vida, me convirtiese en portador de dos lenguas, el chino y el francés. ¿Fue obra sólo del destino? Solamente si admitimos en ello una parte de voluntad deliberada. Lo cierto es que he tratado de responder al desafío asumiendo, a mi manera, ambas lenguas, hasta sacar de ellas las últimas consecuencias. Dos lenguas complejas, a las que habitualmente se califica como "grandes", cargadas como están de historia y cultura. Y sobre todo, dos lenguas de naturaleza tan diferente que hay entre ellas una distancia mayor de la que se imagina. Esto significa que, durante al menos dos decenios después de mi llegada a Francia, mi vida estuvo marcada por un drama pasional hecho ante todo de contradicciones y desgarros. Éstos, sin embargo, se transmutaron poco a poco en una búsqueda no menos pasional cuando opté finalmente por una de las dos, adoptándola como herramienta de creación, sin que la otra sin embargo, la llamada lengua materna, desapareciese pura y simplemente. Puesta en sordina por decirlo así, esta última se convirtió en una interlocutora fiel pero discreta, tanto más eficaz cuanto sus susurros, alimentando mi inconsciente, me proporcionaban continuamente imágenes que debía metamorfosear, nostalgias que debía satisfacer. No es extraño que desde entonces, en el centro de mi aventura lingüística orientada al amor por una lengua adoptada, domine un tema mayor: el diálogo. Este tema ha iluminado mi largo camino; me ha proporcionado muchos momentos de exaltación y arrobamiento cada vez que la simbiosis pacientemente buscada se realizaba como por milagro, una simbiosis que, a fin de cuentas, me ha llevado y continúa llevándome mucho más lejos de lo que podía presagiar al principio. (pp. 9-10)

(...)

Desembarqué en París con diecinueve años cumplidos sin conocer una palabra de francés. Y tampoco estaba en condiciones de valorar todas las dificultades que me esperaban al entrar, a aquella edad considerada "tardía", en una lengua distinta, dominar su uso, hacer de ella mi carne y mi sangre. Para que más tarde me atreviera a soñar con convertirme un día en escritor francés y que un día en efecto lo consiguiera, necesité determinación sin duda, pero sobre todo una buena dosis de inconsciencia, si no de extravagancia. Y paciencia. Medio siglo de tanteos, de caídas, de recuperaciones, de fulgurantes gozos mezclados con lágrimas, de inefables arrebatos siempre con un fondo de inquietud, de amor... (p. 26)